



S. MARIA EGIPCIACA.

DIA TERCERO.

SANTA MARÍA ÉGIPCIACA, PENITENTE.

El año 421, imperando Teodosio el menor, sucedió la preciosa muerte de santa Maria Egipciaca, cuya penitencia y demás admirables virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de san Zósimo, como en otro tiempo se valió de san Antonio para manifestar á los fieles la asombrosa penitencia y demás virtudes de san Pablo.

Vivia en un monasterio de la Palestina cierto famoso solitario, llamado Zósimo, quien, criado desde su infancia en los ejercicios de la vida religiosa, habia conservado el primer candor de la inocencia, y arribado á una eminente virtud. Merecióse tan elevado y tan general concepto por la pureza de sus costumbres, por su fervor en los penosos ejercicios de la penitencia, su amor al retiro, su continua aplicacion á la oracion, su devocion fervorosa y tierna, y por las celestiales luces que el Señor le comunicaba, que el obispo diocesano le ordenó de sacerdote.

Habia cincuenta y tres años que vivia Zósimo entregado á los ejercicios de la vida solitaria, cuando fué tentado por ciertos pensamientos de complacencia que se encaminaban á hacerle presumir que habiéndose retirado al monasterio desde su niñez, acaso no dabria otro en aquella soledad que estuviese tan adelantado como él en el camino de la perfeccion.

Inquieto con estos vanos pensamientos que no condenaba lo bastante, vió venir á sí á cierto monje forastero, quien, para desengañarle y para que conociese la ilusion del enemigo, le dijo que pidiese licencia á

su abad para acompañarle á otro monasterio no distante, poco conocido, pero donde encontraría grandes y poderosos remedios contra la dolencia de su orgullo, á vista de las extraordinarias virtudes de un gran número de solitarios.

Consintió Zósimo, y admitido en aquel monasterio, á pocos dias conoció su miseria, y estuvo muy lejos de tenerse por perfecto cuando vió á que grado de perfeccion habian llegado los religiosos de aquella casa. Era, por decirlo asi, una comunidad de ángeles mortales, que, ocupados únicamente en servir á Dios, se olvidaban aun de las mas ordinarias conveniencias de la vida; su retiro era verdaderamente admirable, su ocupacion continua, la oracion, el trabajo de manos y el canto del salterio; y aunque parecia imposible mayor ni mas rigurosa penitencia que la que hacian en el monasterio en el discurso del año, luego que llegaba la cuaresma se retiraban todos á pasarla en el desierto, en memoria de la que el Hijo de Dios pasó en él, para imitarle en el rigor de su ayuno. Esta ceremonia se practicaba de esta manera: celebrábase la primera dominica de cuaresma una misa muy solemne, en que comulgaban todos los monjes, y recibida la bendicion de su abad, despedianse unos de otros tiernamente, dándose ósculo de paz, abriase la puerta del monasterio, salian todos, y pasando el Jordan, cada uno se retiraba á lo mas profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debian volver al monasterio.

Pasó Zósimo el Jordan con los demás monjes. La ansia que tenia de descubrir en aquella espantosa soledad á algun gran siervo de Dios, le fué empeñando mas y mas, y se internó mucho en ella. Veinte dias habia que corria aquellos espaciosísimos desiertos, cuando parándose hácia la hora de mediodía á cantar salmos, segun su costumbre, advirtió á alguna

distancia una como fantasma ó sombra de cuerpo humano que corria aceleradamente. Era una mujer, que, habiéndole percibido, iba huyendo de él. Zósimo que no sabia lo que era, se sobresaltó al principio; pero recobrado un poco, fué corriendo tras ella, y cuando llegó á distancia en que podia ser oido, levantó la voz y dijo: *Siervo de Dios, ruégote por aquel Señor á quien sirves, que te detengas y me aguardes.* Hízolo la mujer luego que se metió en la quiebra de un barranco, donde de algun modo podia encubrir su desnudez. Cuando el santo viejo se iba acercando hácia el borde, oyó una voz que le dijo: *Padre Zósimo, echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendicion y pueda hablarte.*

Oyéndose Zósimo llamar por su nombre, no dudó que aquella persona, á quien Dios lo habia revelado, era una alma de grande santidad. Arrojóla su manto, y habiéndose cubierto la santa, salió del hoyo, y se fué hácia el santo viejo. Este se puso de rodillas, y la pidió su bendicion; pero la santa, postrándose á sus piés, le dijo: *Te has olvidado, padre, de que eres sacerdote; á tí te toca darme tu bendicion, y rogar á Dios por la mayor y mas miserable pecadora que ha habido en el mundo.*

Concluida esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la santa le dijese quien era, y cuanto tiempo habia que habitaba en aquel desierto. *Si haré,* respondió ella, *pero hagamos primero oracion, y despues te responderé.* Volvióse hácia el oriente, levantó las manos y los ojos al cielo, y pasó algun tiempo en oracion. Oraba tambien Zósimo, y volviendo casualmente los ojos hácia ella, la vió cercada de luz. Entonces se le ofreció si acaso seria algun espíritu ó algun fantasma. *Ni uno ni otro soy,* exclamó la santa, tornándose hácia el santo viejo: *soy un poco de polvo y ceniza, que no merecia*

ver la luz del día; pero aunque vil y miserable, soy cristiana; y diciendo esto, hizo la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en los labios, y sobre el corazón. Después se sentó, y rogando á Zósimo que se sentase: « Sábeta, padre, le dijo, que aquel buen Pastor, que tiene tanto cuidado de las ovejas descarriadas como de las que nunca salieron del redil, no te ha enviado aquí sin altos fines; sea su nombre eternamente bendito.

« Yo soy, continuó luego, una pobre mujer natural de Egipto, que habiendo dejado la casa de mis padres á los doce años de mi edad por vivir á mi libertad, me fui á Alejandría, donde me entregué á todo género de disoluciones por espacio de diez y siete años. No pecaba por interés; pecaba únicamente por pecar, no pretendiendo mas premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que hasta ahora ninguna mujer ha perdido en el mundo á tantas almas, y que el infierno no ha suscitado en él cortesanías mas perniciosas que yo. Viendo un día que concurría hácia el mar una gran multitud de gente para embarcarse, pregunté adonde iban, y habiéndome informado de que pasaban á Jerusalem á celebrar la fiesta de la Exaltación de la santa cruz, me dió gana de seguir la muchedumbre. Embarquéme, y me estremezco de horror cuando me acérdo de los abominables escándalos de que llené todo el navio. Viví en Jerusalem como había vivido en Alejandría, con el mismo desorden, con la misma disolución, con la misma desvergüenza.

» Llegado el día de la fiesta, concurrí con los demás á la puerta de la iglesia para adorar la santa cruz; pero al querer entrar, me detuvo poderosamente una mano invisible. Quedé tan sorprendida como sobresaltada; hice nuevos esfuerzos, pero todos fueron inútiles; cuanto mas forcejeaba, con tanta mayor fuerza era repelida. Abrí los ojos del alma, y conocí

que mis enormes culpas eran las que me hacían indigna de ver y de adorar el sagrado madero en que Jesucristo obró nuestra redención. Llena de confusión, y deshaciéndome en lágrimas, comencé á mirar con horror mis gravísimos pecados; á la confusión se siguió inmediatamente el dolor; y toda turbada me senté en un rincón de la plaza, donde enteramente me abandoné al llanto, al arrepentimiento, á los gemidos, á los suspiros, que arrancaba el dolor de lo mas íntimo del pecho. En medio de esta desolación, levanté casualmente los ojos hácia arriba, y vi enfrente de mí una imágen de la santísima Virgen. Acordándome entonces de lo que había oído decir muchas veces, que María era madre de misericordia y refugio de pecadores: *Madre de misericordia, exclamé, tened piedad de ésta miserable criatura; refugio sois de pecadores, y siendo yo la mayor de todas las pecadoras, parece que tengo algún derecho á vuestra protección. No merezco, Señora, que mi Dios derrame sobre mí aquella abundancia de gracia que derrama hoy sobre tantas almas fieles como se aprovechan de la sangre de Jesucristo; pero á lo menos no me nequeis el consuelo de ver y adorar en este día el sacrosanto madero en que mi dulce Redentor obró la salvación de mi alma. Yo os prometo, Señora, que después de este favor, que espero de vuestra clemencia, me irá prontamente á un desierto á llorar por todos los días de mi vida mis enormísimas culpas, y á vivir tan retirada del mundo, que pierda del todo hasta su infeliz memoria.*

» Animada entonces de una extraordinaria confianza, me levanto, corro á la iglesia, y entro en ella sin resistencia como todos los demás. Allí, penetrada toda de un religioso temor, y despedazado de dolor el corazón, me postro ante aquella preciosa prenda de nuestra redención, detestando mis maldades y regando el suelo con mis lágrimas.

» Hecha esta diligencia, vuelvo con nuevo aliento al sitio donde estaba la imagen de la santísima Virgen, y puesta de rodillas, la digo con mayor confianza: *Madre de misericordia, despues de Dios, vuestra es la obra de mi conversion; no deis imperfecto lo que habeis comenzado; indigna soy de vuestros favores, pero no de vuestra compasion; en vos coloco toda mi esperanza despues de Jesucristo; os prometí dejar el mundo, aqui estoy á cumplir lo que ofrecí; dadme á entender lo que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la salvacion.*

» Apenas acabé de hacer esta oracion, cuando oí distintamente una voz como á larga distancia que me decia: *Pasa el Jordan, y hallarás descanso.* No deliré un punto; y suplicando á la Virgen que fuese mi buena madre, salgo al instante de la ciudad, llevando por toda provision tres solos panes. Llegué hácia el anochecer á la orilla del Jordan, donde hallé una iglesia dedicada á san Juan Bautista; entré en ella, pasé en oracion un poco de tiempo; y despues de comer medio pan de los que llevaba, gasté lo restante de la noche en detestar mis maldades, en gemir, y en implorar la misericordia divina. Luego que llegó la mañana, purifiqué mi alma con el sacramento de la penitencia, recibí la sagrada eucaristia, y volviendo á encomendarme á la santísima Virgen, á quien debo mi conversion, pasé el Jordan en un batel, y entré en este dichoso desierto siendo de edad de veinte y nueve años, sin que en cuarenta y siete que ha que estoy en él, haya visto otra persona que á tí.»

¿Pues de qué te has mantenido? la replicó Zósimo. El poco de pan que traje, respondió la santa, se acabó presto; despues no he comido mas que yerbas y raices.

¿Y te ha dejado en paz el tentador? la preguntó

el santo viejo. « No quieras, padre, obligarme, prosiguió la santa, á que te cuente las espantosas tentaciones, los horribles combates, las terribles pruebas á que me vi expuesta por espacio de diez y siete años; solo con acordarme de ellos me estremezco; todo el infierno junto parecia haberse desatado y conspirado contra mí; mis pasiones, mi corazon, mis potencias, mis sentidos parecian haberse conjurado todos para perderme. ¿Cuánto no me costó combatir contra los violentos deseos de la intemperancia, vencer el tedio y el disgusto, sufrir el rigor de las estaciones del año, domar la carne, y borrar las ideas del mundo y de las diversiones profanas! Si no perecí, efecto fué de la misericordia del Señor. Para lidiar con tantos enemigos no usaba de otras armas que doblar la oracion, aumentar la penitencia, tener cada dia mayor confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Virgen, á la cual debo la gracia de mi conversion y la de mi perseverancia. En ella encontraba cuanto habia menester; ella presentó á su hijo mis lágrimas y mis gemidos, y ella me ha conducido como por la mano en esta penosa carrera: *Auxiliatricem habui, ac penitentiae susceptricem; et usque in hodiernum diem, in omnibus mihi adfuit protectrix mea, meque velut ad manum semper deduxit (1).* »

Como vió Zósimo que se valia de algunas palabras y lugares de la sagrada escritura, la preguntó si la habia leído. Nunca he sabido leer, respondió la santa; pero el Señor lo suple todo cuando es su santísima voluntad. Diciendo esto, se levantó, y encargándole el secreto mientras ella viviese, le rogó que al año siguiente volviese á verla el dia de jueves santo, y la trajese la sagrada eucaristia para poder comulgar. *Hasta aquel dia,* añadió con espíritu profético, *no*

(1) Ex MS. Græco reg. christianissimi, et altero ducis Bavaricæ collatis, cap. 2.

saldrás del monasterio, ni estarás en estado de poder salir; pero aquel dia vendrás á la orilla del Jordan, y en ella me encontrarás: con lo cual le pidió su bendicion, y se retiró.

El santo viejo Zósimo, alabando mil veces al Señor por haberle descubierto aquella maravilla de la gracia, se volvió á su monasterio, donde pasó todo el año en perpetuo silencio y en mas rigurosa penitencia. Llegada la cuaresma siguiente, se halló asaltado de una ardiente calentura, que le molestó por toda ella, y no le permitió salir del monasterio hasta el jueves santo, segun la profecía de la santa. Este dia, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento, y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordan, llevando consigo la sagrada eucaristia. Apenas llegó, cuando á la luz de la luna descubrió á la santa en la orilla opuesta. Era la dificultad cómo habia de pasar el rio; mas la santa hecha la señal de la cruz, caminó sobre el agua como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado Zósimo, se puso de rodillas; mas la santa le levantó, acordándole que era sacerdote, y diciéndole que mirase lo que traia consigo. Prostrada despues á presencia del santísimo Sacramento, y deshaciéndose en lágrimas, pidió al padre que rezase el Credo y el Padre nuestro. Acabadas estas oraciones, la dió el santo la comunión; y ella, penetrada de los mas vivos sentimientos de devocion, de amor y de reconocimiento, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó diciendo: *Ahora, Señor, dejad ir en paz á vuestra sierva, segun vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de vos; y vuelta despues á Zósimo, le dijo: Padre, otra gracia tengo que pedirte, y es que la cuaresma que viene tengas á bien de volver á aquella parte del desierto donde me viste la primera vez, y alli me hallarás como Dios fuere servido.* Pues yo tambien tengo que pedirte,

la replicó Zósimo, y es que quieras tomar alguna cosilla de lo que te traigo prevenido para comer; la santa tomó solo tres granos de lentejas que metió en la boca, pidióle su bendicion, hizo la señal de la cruz, volvió á pasar el Jordan sobre las aguas, y se retiró.

Llegado el año siguiente y el tiempo acostumbrado en que los monjes se retiraban al desierto, salió Zósimo con los demás, y se encaminó hácia aquella parte donde dos años antes habia encontrado á nuestra santa, yendo ahora muy prevenido para no olvidarse de preguntarla su nombre, como se habia olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabara de espirar, y junto á él escritas en la arena estas palabras: *Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre Maria, que murió el mismo dia de jueves santo, luego que recibió la sagrada comunión, y no te olvides de rogar á Dios por ella.*

Enterneciöse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas lágrimas. Hecha despues oracion, vió venir hácia él de lo interior del desierto un leon de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó; pero serenóse presto, viendo que la fiera se acercaba mansamente hácia la santa, y como que la besaba los piés; y arrimándose despues al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandos movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastantemente profundo; y volviéndose á emboscar en el desierto, dejó libertad á Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos y las demás oraciones, segun el uso de la Iglesia. Concluido este piadoso oficio, se restituyó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que habia visto del modo que lo acabamos de referir.

Muy desde luego se comenzó á celebrar el culto de la santa en la iglesia griega, y casi desde el mismo tiempo en la latina. En muchas diócesis se celebra aun el día de hoy con gran solemnidad su fiesta el día 2 de abril, y en otras el día 9. Dicese que una parte de sus reliquias se trasladó á Roma, cuando los infieles comenzaron á apoderarse de la Tierra Santa. En Fornay se veneran algunas de ellas, las que es tradicion haber dado el papa Hormisdas á san Eleuterio. En Nápoles se conserva la cabeza de esta santa penitente, traída á aquella ciudad por el abate de Calabria el año de 1059. El Martirologio romano anuncia su muerte el día 2 de abril; pero la fiesta de san Francisco de Paula nos obligó á trasladar al día 3 la historia de su admirable vida.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Taormina en Sicilia, san Pancracio, obispo, que habiendo sido martirizado, selló con su sangre el Evangelio de Jesucristo que habia predicado en aquella ciudad, adonde fué enviado por el apóstol san Pedro.

En Tomes en Escitia, los santos mártires Evagrio y Benigno.

En Tesalónica, el martirio de las santas vírgenes Agape y Quionia, las cuales no queriendo renunciar á Jesucristo, en tiempo del emperador Diocleciano, sufrieron primeramente una larga y penosa prision, y despues fueron echadas en el fuego, en donde, sin que las llamas las tocasen, puestas en oracion, entregaron su alma á Dios.

En Tiro, san Vulpiano, mártir, que fué cosido en un saco con un áspid y un perro, y arrojado despues al mar, durante la persecucion de Galerio Maximiano.

En el monasterio de Medicio en Oriente, san Nicetas,

abad, que padeció mucho en tiempo de Leon el Armenio por el culto de las santas imágenes.

En Inglaterra, san Ricardo, obispo de Chichester, memorable por su santidad y milagros.

Allí mismo, santa Burgondófora, virgen y abadesa.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion de la santa la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris
noster, ut sicut de beata Ma-
riae Ægyptiacæ festivitate
gaudemus, ita piæ devotionis
erudiamur affectu. Per Domi-
num nostrum..

Oye, Señor y Salvador nues-
tro, nuestras súplicas, para
que así como nos alegramos en
la festividad de santa María
Egipciaca, así tambien reciba-
mos el fervor de una devocion
verdadera. Por nuestro Señor
Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 del apóstol san Pablo á los Efesios.

Videte, fratres, quomodo
cauté ambuletis: non quasi
insipientes, sed ut sapientes:
redimentes tempus, quoniam
dies mali sunt. Propterea nolite
fieri imprudentes, sed intelli-
gentes: quæ sit voluntas Dei.

Hermanos: Cuidad de cami-
nar cautamente: no como igno-
rantes, sino como sabios, re-
dimiendo el tiempo, porque los
días son malos. Por tanto no
seais imprudentes, sino enten-
ded cual sea la voluntad de Dios.

NOTA.

« Habia estado san Pablo por mucho tiempo en »
» Éfeso, metrópoli del Asia menor, y habia trabajade »
» con infatigable zelo en la conversion de sus habita- »
» dores. Hallándose preso en Roma, tuvo noticias »
» que algunos falsos doctores habian entrado en »
» Éfeso, y enseñaban en ella mala doctrina, por cuyo »
» motivo escribió esta carta á los fieles, para confir- »
» marlos en la fe y en las verdaderas máximas del »
» Evangelio, el año 62 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Mirad, hermanos, que camineis con cautela, como prudentes, y no como necios ó como aturdidos. *Videte, fratres, quomodo cautè ambuletis : non quasi insipientes, sed ut sapientes.* ¿Puede haber mayor imprudencia que entregarse á un mar borrascoso y lleno de escollos, sin provision, sin remos, sin velas y sin piloto? ¿puede haber mayor locura, mayor temeridad, que caminar sin armas por país enemigo? ¿puede haber mas necia extravagancia que andar de día y de noche sin saber donde se va; que meterse con los ojos cerrados en un camino fragoso, á través de las rocas, por medio de los mas horribles precipicios? ¿A cuántos se podrá decir con toda verdad : *¿ tu es ille vir ?* Tú eres el que cometes esa extravagancia; tú el que haces esa insigne locura.

Es el mundo un mar famoso por sus naufragios. Navéguese por él á vela tendida, ó navéguese á fuerza de remos, no por eso dejan de encontrarse menos piratas, ni menos escollos. No hay hombre sobre la tierra que no esté de camino. Esta vida no es mas que un tránsito : todos siguen su carrera sin detenerse; pero ¿piensan todos á donde van?

Aquel jóven tan ansioso de divertirse, tan solícito en buscar con qué pasar el tiempo, ó con qué perderlo, ¿sabe á lo menos qué camino sigue, ó considera cuál deba ser su término?

Aquel hombre de negocios, tan hambriento de dinero, tan ocupado en poner en movimiento todas las industrias que le sugiere la insaciable codicia para ganar mas y mas, tan servilmente esclavizado de sus intereses, ¿ha dedicado en muchos años siquiera un cuarto de hora á pensar en el importante negocio de su salvacion? ¿ha tomado algunas justas medidas para

salir bien con él? ¿ha expuesto algun caudal para negociar en la eternidad?

Aquellos hombres prudentes segun el siglo, tan hábiles en proyectos, tan fecundos en expedientes, cuyos alcances penetran tan allá; aquellos oráculos de la prudencia humana, ¿saben por ventura adonde caminan? ¿han tomado algunas providencias para su propia seguridad? ¿están alerta para no dormirse sobre el borde del precipicio?

Aquellas mujeres del mundo, criadas en la delicadeza y en el regalo, ocupadas únicamente en sus adornos, en sus diversiones, y en cosas ociosas; aquellas mujeres, victimas de la vanidad y del orgullo, que solo tienen de cristianas el nombre y la exterioridad, ¿piensan acaso que no está muy distante la sepultura; que el día va declinando? y en medio de esos estrados brillantes, de esos profanos espectáculos, de esas conversaciones inútiles, de esos juegos, ¿se acuerdan por ventura del destino que las aguarda para toda la eternidad?

¿Cosa extraña! tendriase mucha lástima, tratariase de mentecato á un hombre que todo el día anduviese dando vueltas sin objeto, sin saber adonde iba; y esos jóvenes libertinos que no se cuidan de su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religion, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decidme, pobres hombres, ¿sabeis cuál ha de ser vuestra suerte?

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

Ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quòd Jesus accubisset in domo Pharisei, attulit alabastrum unguenti : et stans retrò

He aquí que una mujer que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de unguento:

secus pedes ejus, lacrymis cepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

y estando detrás á los piés de Jesus, comenzó á regarle con lágrimas los piés, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungia con unguento.

MEDITACION.

DE LA DULZURA DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Puédesse comparar la penitencia con las aguas de Mará, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moisés sumergió en ellas aquel leño, figura de la cruz del Salvador (1). Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran, á la verdad, en la penitencia aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura.

¿Qué cosa mas dulce, qué gusto mas delicioso, qué alegría mas llena ni mas sólida que la paz de Dios, la cual, como se explica el Apóstol, *excede á todo sentido* (2)? Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el alma, con aquellos sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

¿Qué gozo no causa en todo el reino una amnistía ó perdon general del soberano! ¿qué consuelo el de un

(1) Exod. 15. — (2) Philip. 4.

lijo rebelde cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menor el que experimenta una alma verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificacion es como una nueva prenda del perdon de sus pecados; es una bien fundada presuncion de que el Señor la ha restituido en gracia. Las espinas sirven de defensivo á la flor y al fruto, pero no les comunican sus puntas. Por mas que los sentidos se alarman, por mas que se queje el amor propio, gusta el alma una exquisita dulzura cuando se deja percibir en ella la uncion de la divina gracia, que siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazon está contento. El pecador, dice el Espiritu Santo, afecta tambien sus apariencias de paz, y aun pretende persuadirnos que la goza; pero bien sabe él mismo que miente, y que está muy lejos de tenerla: *Pax, pax; et non erat pax* (1). Al contrario, añade en otra parte el mismo Espiritu Santo, bien podeis decir al hombre justo que se consuele, porque la alegría, la paz, la abundancia de los consuelos interiores son herencia suya, y ellos embotarán perpetuamente la punta á todas sus mortificaciones: *Dicite justo quoniam benè* (2). ¿Cuándo, Señor, ha de llegar el tiempo en que creamos mas á vuestra divina palabra que á las erradas preocupaciones de los sentidos, y á las falsas sugestiones del enemigo de la salvacion?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma despues que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial que hacen

(1) Jerem. 6. — (2) Isai. 5.

gustar con anticipacion á las almas penitentes las alegrías del cielo; en fin, en aquellas tiernas lágrimas que derraman algunas á los piés de un crucifijo, en las cuales hallan placer mas delicioso, gusto mas exquisito que en todas las fiestas y diversiones del mundo. De aquí nace aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor que se observa por lo comun en los hombres mas penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos, es prueba evidente de la que gozan en su corazon.

Son rígidos, son penosos los ejercicios de la penitencia, es verdad: el ayuno macera la carne, la modestia del vestido humilla el espíritu, el retiro y la soledad tienen su amargura; á la mortificacion interior no la faltan sus espinas, ni á la exterior sus disgustos. Pero pregunto: ¿es cosa imposible, añado mas, es cosa que se vea raras veces el que debajo de estas voces que asustan, de estas apariencias que estremecen, de esas espinas que punzan, se hallen escondidas mil dulzuras, mil flores verdaderas? Consultemos el parecer de todos los santos; pongamos los ojos en santa María Egipciaca entre los horrores del desierto. ¿Quién la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor, no tiene duda. Pero si esta gracia no encerrara el secreto de hacer dulce la soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias mas asombrosas, y delicioso el continuo ayuno, ¿creeríamos que una mujer jóven, delicada, criada entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años en los ejercicios mas rigurosos de la penitencia?

El ayuno que se nos hace tan pesado, tan impracticable, cuando lo prescribe la Religion, ¿cuántas veces se nos hace muy fácil, ó por cortejar á un

grande, ó por hablar á un ministro, ó por adelantar alguna diligencia en una pretension, ó por tomar unas cuentas, ó por informarnos de un pleito, ó por asistir á una fiesta, ó por no levantarnos del juego? ¿qué cilicio mortifica tanto como esos zapatos que oprimen, esas cotillas que ahogan, esa desnudez que yela, esa extravagancia de modas que tienen á tantos y tantas en una continua tortura?

¡Mi Dios, cuántas vanas aprensiones se disiparian en punto de penitencia con un poco de reflexion y con un mucho de religion! Dispone, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer penitencia; seria el hombre mas infeliz, si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallara en ella mas que amarguras, siempre seria para mi muy saludable; pero siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

JACULATORIAS.

Redde mihi, Domine, letitiam salutaris tui. Salm. 50.
Dadme, Señor, á gustar aquella alegría que es prenda de la paz con vos.

Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tue letificaverunt animam meam. Salm. 93.

Si, Señor, á proporcion de las mortificaciones con que he macerado mi cuerpo, son los consuelos con que habeis regalado mi alma.

PROPOSITOS.

1. La penitencia solo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de ella. ¡Cosa extraña! todo asusta á los sentidos cuando se ofrece hacer alguna mortificacion por amor de Dios; y estos

mismos sentidos no se asustan á la vista del propio objeto , cuando se lo presenta el mundo , la pasion ó el interés. Haz hoy alguna reflexion sobre los trabajos que has padecido , sobre las mortificaciones que has tolerado , sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo , por tus amigos , por satisfacer alguna pasion , por algun interés ó por alguna condescendencia ; y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ; Qué desigualdad ! Contentariase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el mundo. ; Y qué consuelo seria ahora el tuyo si hubieras padecido algo por amor de Dios ! ; qué alegría , qué satisfaccion se siente en la pascua cuando se pasó la cuaresma en ejercicios de penitencia ! Cuando tú mismo te has mortificado por un motivo de religion , ; qué gozo ha sido el tuyo ! Si no lo has experimentado hasta ahora , haz luego la experiencia. Resúlvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia , y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2. Pero son muy inútiles los propósitos vagos é indeterminados ; para que sean eficaces , es menester descender á cosas particulares. Primero : en lugar de irte á pasear ó hacer alguna visita inútil , vete á una iglesia á llorar á los piés de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo : Hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Se puede estar de rodillas sin apoyarse ; privarse de ciertas satisfacciones por espíritu de penitencia ; prohibirse por espacio de un año el uso de ciertos manjares , de ciertas frutas , de ciertas golosinas á que tienes vehementemente apetito ; negarse ciertas delicadezas que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad ; no comer jamás sin sazonar la comida

con alguna mortificacion ; en fin , hacer todos los dias , ó á lo menos en determinados dias de la semana , y singularmente las visperas de las fiestas , y aun los mismos dias de comunion , algunas penitencias con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañarán de cerca á estos piadosos ejercicios , te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprension de los que jamás los gustan.

DIA CUARTO.

SAN PLATON , ABAD.

Fué san Platon hijo de Sergio y de Eufemia , cuya virtud era igual á la calidad , y ambos eran venerados en Constantinopla por modelos de la vida cristiana entre la nobleza. Nació por los años de 734. Era la virtud como hereditaria en aquella dichosa familia. Tuvo Platon dos hermanas , las cuales se distinguieron en el mundo , mas que por su ilustre nacimiento y por sus singulares prendas , por su vida ejemplar. Por lo que toca al mismo Platon , se puede decir con verdad que mamó la devocion con la leche , y que nada fué capaz de debilitar sus virtuosas inclinaciones , ó de manchar el candor de su inocencia.

Irritada la ira de Dios con las profanaciones y sacrilegios del impío emperador Constantino Coprónimo , enemigo declarado de Jesucristo y de sus santos , affigia al imperio con un terrible azote que lo desolaba. Era una especie de peste inaudita y misteriosa : aparecia de repente sobre los vestidos una cruz de color azul , formada con perfeccion , y al mismo punto la persona en quien se dejaba ver esta señal ,